

# Horacio González

## Siluetas del 2001 nombradas por el cine

### Horacio González

Director de la Biblioteca Nacional.  
Investigador y docente, Facultad de  
Ciencias Sociales, Universidad  
de Buenos Aires.

De tanto en tanto, el vivir común se ve interferido por un gran hendidura. Sus causas son difusas. Se percibe el miedo en el ambiente. Se destituye la confianza en las instituciones. La fe pública se debilita en torno a las rutinas diarias. Se incendian automóviles; se quema algún sillón histórico saqueado del Congreso. El sentido de la política no sólo debe estar preparado para eso; *eso* puede ser y para algunos es el fundamento de la política. Los minutos sin Estado, sin Institución, sin Regla, son el tiempo de la pausa esencial para pensar en el vacío de establecimiento. Tal vacío, sin sutura inmediata, puede ser el pensamiento secreto del ser político. De algún modo, todo lleva a tomar los emblemas estatales o de organismos públicos como objeto de ira.

Del ataque a la Bastilla en el célebre año de 1789 al incendio de la comisaría de *El Jagüel*, hace varios años en el Gran Buenos Aires, la pueblada condensa en un instante de odio el acto de dirigirse contra un símbolo impopular. Las prisiones esencialmente lo son. La irrupción (o la sublevación desesperada) en cárceles o baluartes bajo el impulso de arietes o de la drástica apelación al fuego, son los instrumentos vertiginosos de la protesta. El fuego, sobretodo, mantiene una dramática atracción pues desde siempre se le atribuyen valores alucinantes o terroríficos. Quizás se le atribuya al fuego una forma de justicia sumaria, purificadora, pero sin garantías de sentido.

En el *film* de Arístarain, *Un lugar en el mundo*, se incendia un galpón con bienes preciados, para señalar la conclusión de un período o de una esperanza paradisiaca. En la película inglesa *Riff*

*Raff*, la nueva clase trabajadora heterogénea y multicultural asiste a la quema final de la construcción que albergaba sus diálogos y pesares, a la manera de un oscuro ritual purgador. Pueden multiplicarse los ejemplos cinematográficos -en *La jauría humana*, Marlon Brando se retira del pequeño poblado infernal luego de que un incendio devore a las criaturas inocentes que no sospechaban sus destinos-, o los ejemplos histórico políticos, como los conocidos eventos de 1955 en Buenos Aires o la tan sospechosa tea que incendia en 1933 el *Reischtag* para culpar a los contrincantes.

El fuego es lo político de lo no político. La piromanía pone a la política en estado ígneo. En su impulso destructivo confía en que puede descifrar por sí misma los secretos de la justicia o la historia. Y aunque no sea así, la embestida del fuego contra el símbolo es el principio pantomímico de la guerra. Automóviles, trenes, artefactos bélicos, pueden ser alcanzados por el principio del fuego -las conocidas bombas *molotov*, enormemente eficaces en la Guerra Civil española y en todas las demás conflagraciones del siglo, y que deben su nombre al ministro de interior de los primeros tiempos de la revolución soviética-, y de alguna manera esos vehículos son portadores del fuego, pues su combustible es un fuego a la espera.

En París, hace poco tiempo, la revuelta juvenil derramó combustible al dar vuelta los coches, pues ellos pueden considerarse, más allá de su amable diseño y su obvia función cotidiana, máquinas internamente capaces de explosión. ¿Pero quiénes son los autores de la ignición? La respuesta es relativamente fácil para sociólogos,